

FLOR DE MAYO

Era un chicuelo tan inocente,
que, propiamente,
yo parecía un ángel de amor;
de la existencia en la lejanía
que el pecho ensancha,
sin una mancha
veía todo mi fantasía,
todo pintado de azul color.

Era yo niño; mi santa madre,
o bien mi padre,
me conducía ante el sacro altar;
donde a María, en el mes de Mayo,
mes de las flores,
tiempo de amores,
dábanle culto devoto y gayo
los aldeanos de mi lugar.

Yo contemplaba, lleno de pasmo
y de entusiasmo,
a la bendita Madre de Dios,
entre macetas de lirio y rosa
y de otras flores
multicolores,
y la veía cual mariposa
que del incienso volase en pos.

Era devota y era muy bella,
como una estrella,
como paloma del almo edén,
como la aurora, como el capullo
de Alejandría,
como ambrosía,
como de fuente feliz murmullo,
como la cifra de todo bien.

Ansiaba a veces, flor o bujía
 ser de María,
 para estar siempre cabe sus pies;
 otras quería ser angelillo
 bajo su manto,
 y mientras tanto
 cantarle, a guisa de pajarillo,
 todas las coplas del sacro mes.

Y en el impulso de mi delirio,
 no sólo cirio,
 y flor, y arcángel, quería ser;
 sino que, ¡oh fuerza de mi cariño!,
 celos tenía
 de que María
 en su regazo tuviera un niño
 que me robara todo el querer.

¡Sueños del alma! ¡Mágicos días!
 ¡Oh, alegrías
 tan candorosas de la niñez!
 No huyáis fugaces, no huyáis del todo,
 Que aunque mi pecho
 late maltrecho,
 y tiene manchas, manchas de lodo,
 hermostearse quiere otra vez.

II

Ya no soy niño; más siempre templo
 entrando al templo
 mis ansias grandes de devoción,
 y cuando llega florido Mayo,
 ante María
 el alma mía
 sufre amoroso, dulce desmayo,
 y gime y dice: ¡Perdón, perdón!

Y siempre veo, lleno de pasmo
 y de entusiasmo,
 a la bendita Madre de Dios,
 entre macetas de lirio y rosa
 y de otras flores
 multicolores,
 y siempre creo que es mariposa
 que del incienso volara en pos.

Y ansio ahora, flor o bujía
 ser de María,
 y ser arcángel de su escabel,
 y adormecerme en su almo seno
 según parece
 que se adormece
 el infantillo, Rey Nazareno,
 Ella azucena y capullo Él.

Más humillado que esa culebra
 que concelebra
 tu poderio, tu concepción,
 vivir quisiera bajo tu planta,
 siempre llorando,
 siempre exclamando,
 que eres amable, bendita y santa,
 Madre querida del corazón.

P. PEDRO FABO
 Agustino recoleto.

